



Geranima Stilton

LA ESPADA
DEL DESTINO

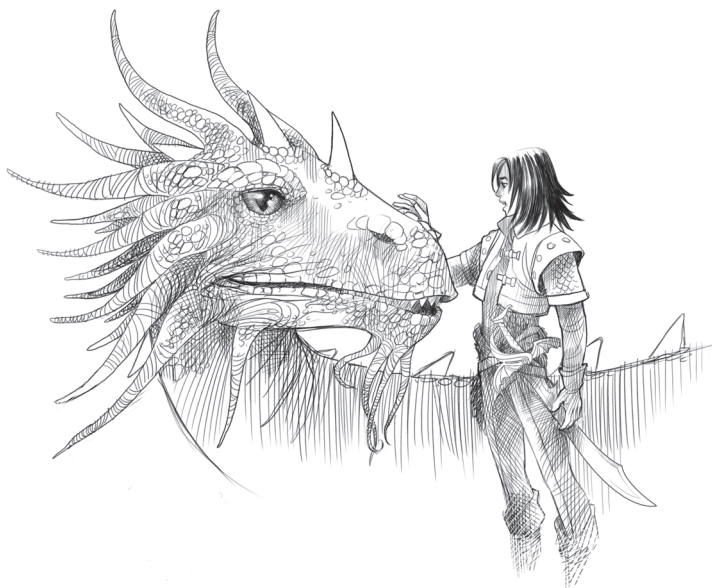


CABALLEROS
DEL
REINO
DE LA
FANTASÍA

DESTINO

Geranima Stilton

LA ESPADA DEL DESTINO



DESTINO

REGRESO A CASA

Alcuín exclamó radiante, señalándole a su amigo el dragón el paisaje que se entreveía debajo de ellos entre las nubes algodonosas, algunas de formas curiosas y extrañas:

—¡Mira, *Ojos de Oro*! Ya casi hemos llegado, ¿lo ves? ¡Estamos en casa!

Con el pelo negro revuelto por la brisa de la mañana y los ojos oscuros centelleando a la luz del sol naciente, el joven caballero no pudo evitar sonreír.

Siete largos, larguísimos años: ése era el tiempo que había pasado desde que se había marchado de su tierra natal. El Reino de las Estrellas se extendía por debajo de él, como la más bella de las visiones. Era tal como lo recordaba.

El corazón de Alcuín se puso a latir más de prisa.

—Por fin estamos en casa...

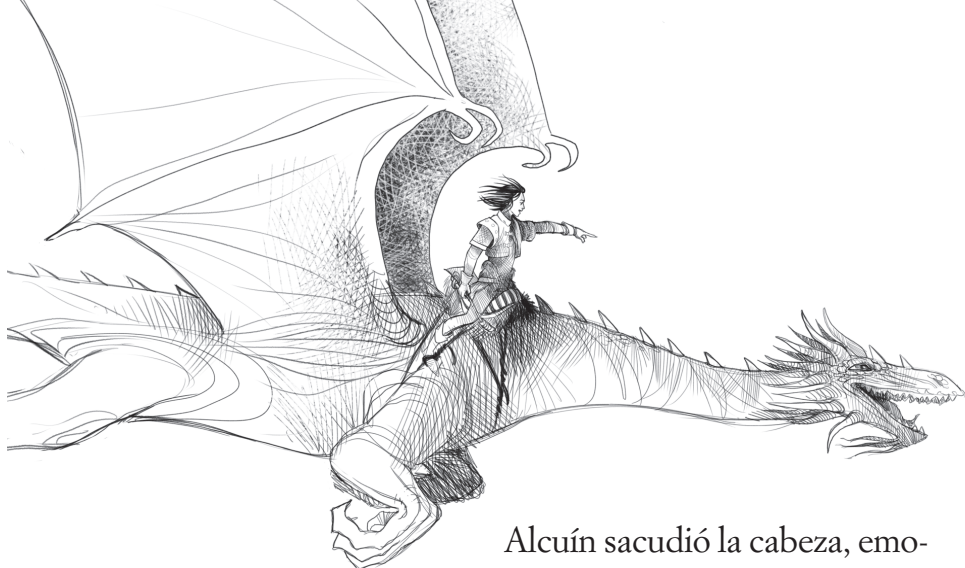
Ojos de Oro soltó un largo bufido. También él estaba contento. Percibía la emoción de su caballero, y la cari-

cia del viento cálido del verano lo hacía sentir tan libre como hacía tiempo que no se sentía. Abrió aún más las alas y planeó, ligero.

—¡Mira! —exclamó de nuevo Alcuín, rozando el cuello de su dragón azul—. Aquél es el valle de las Estrellas Fugaces, ¿lo ves, *Ojos de Oro*? Y allí está la taberna de las Tres Lunas... ¡Me parece mentira! Todo está como antes, siete años... ¡y nada ha cambiado!

El elfo aguzó la vista y se llevó una mano a la frente para protegerse los ojos de los rayos del sol. A lo lejos, la luz dorada del amanecer se derramaba sobre las majestuosas torres del palacio de Estrelláurea, que se recortaba imponente contra las altas cumbres de los montes de la Hoz de Plata: un alarde de pináculos elegantes, coloridos vitrales y jardines de flores fragantes fue dibujándose en el horizonte.

De pequeño había ido a menudo a la corte con su padre, y cada una de las veces se había quedado deslumbrado por la riqueza y la belleza de aquel lugar mágico. Su padre era un herrero muy hábil que, desde hacía años, con pasión y dedicación, forjaba armas, yelmos y armaduras finamente cincelados. Su trabajo era tan apreciado que, antes de que naciera su hijo, había sido nombrado herrero de la corte.



Alcuín sacudió la cabeza, emocionado, al recordar cuando no era más que un chiquillo de once años que miraba las armaduras de su padre como si fueran joyas y soñaba con un futuro de caballero.

Esa época de su vida le parecía muy lejana, eran tantas las cosas que habían ocurrido desde entonces. La primera de todas, aunque todavía le costara creerlo, era que se había convertido *de verdad* en caballero. ¡Un caballero de la Orden de la Rosa de Plata! Alcuín rememoró el largo aprendizaje en la academia fundada por Sombrío, el valiente elfo que había derrotado a la reina de las brujas, y que ahora todos conocían como general Audaz. Allí le habían enseñado no sólo a manejar las armas, sino sobre todo a superar sus propios miedos, como se combate a enemigos de carne y hueso, y a confiar en sus compañeros. Porque ser un auténtico caballero, repetía siempre Audaz, no significaba solamente

demostrar el propio valor, sino ponerlo al servicio de los demás con lealtad y confianza recíproca.

Así, con dos jóvenes caballeros como él —Zordán, del pueblo de los elfos viajeros, y Alena, una ninfa de los bosques—, Alcuín había afrontado su primera gran misión: había derrotado al pérfido Kadávör y había frenado el feroz avance de los bandidos del mar, haciendo que la isla Errante de los Soñadores despertara del sueño encantado en que llevaba siglos sumida. Y al final, como reconocimiento, sus amigos y él habían recibido el objeto más anhelado por todo caballero...

Alcuín dejó resbalar la mano por su costado, donde su precioso sable del destino relucía como un rayo de sol: ése había sido el obsequio que la soñadora Haires había querido hacerle como agradecimiento a su valentía y dedicación. Creada con los fragmentos del viejo sable del joven, forjado siete años antes por su padre, el arma pendía de su cinturón y le recordaba que todo era verdad.

Cerró los ojos un instante y abrazó el flexible cuello de *Ojos de Oro*. ¿Qué diría su padre de él? ¿Se habría enterado de su misión? ¿Cómo lo recibiría?

—Sólo dispongo de una semana para pasarla con papá —suspiró.



Ésa era, en efecto, la duración del permiso que les habían concedido a él y a sus compañeros de aventuras. *Siete días de tranquilidad para que los paséis con vuestros seres queridos. ¡Os los habéis ganado!*, habían sido las palabras con que el general Audaz los había despedido antes de que los tres partieran para sus reinos respectivos.

Al recordarlo, una extraña sensación se adueñó de Alcuín. Era una mezcla de alegría e inquietud.

Una especie de presentimiento...



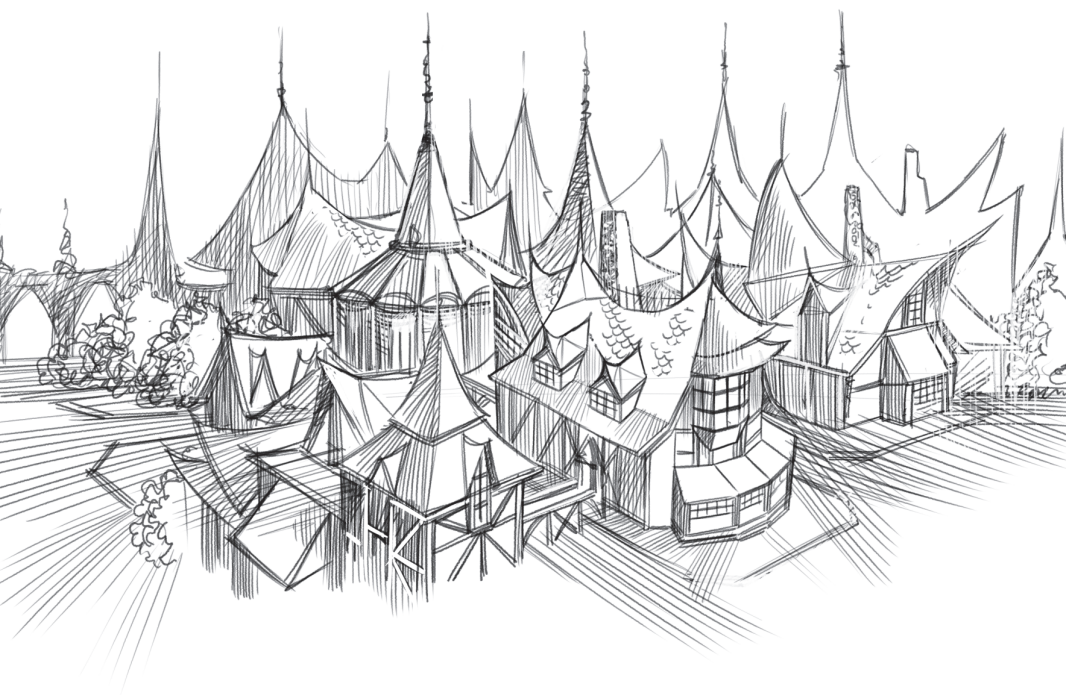
Ojos de Oro planeó sobre la verde superficie del valle de las Estrellas Fugaces, hasta que debajo de él apareció un pueblecito rodeado de campos de labranza. Las casas estaban pegadas unas a otras como para darse calor en las noches de invierno. Eran sencillas viviendas de madera y piedra pulida, con tejados puntiagudos. Se alzaban alrededor de una placita de tierra batida, con un bonito pozo de mármol blanco en el centro, al lado mismo de la Cepa de las Mil Hablas, donde los juglares más famosos de todos los reinos se desafiaban al son de cantos y rimas en la Fiesta de Medios de Primavera.



Ciertamente, no era nada en comparación con la Ciudadela de los Caballeros, con sus grandes plazas empedradas y salpicadas de mosaicos y fuentes con surtidores, pero Alcuín guardaba en su corazón el recuerdo de su pueblo como un valioso tesoro y nada más verlo le infundió una sensación de serenidad.

—¡Ése es el Burgo de las Casas con Tejados en Punta! ¡Descendamos, amigo mío! —exclamó, señalándole a *Ojos de Oro* un lugar donde posarse.

El dragón azul no se lo hizo repetir. Con un rugido de entusiasmo, viró, empezó a bajar y, pese a su enorme mole, tocó el suelo con extrema levedad, levantando





apenas una nubecita de polvo. Luego cerró las alas y, con un dócil movimiento del dorso, dejó que Alcuín desmontase.

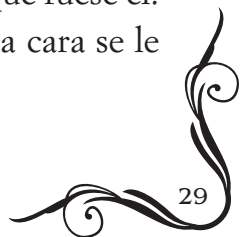
En seguida, una multitud curiosa salió de las casas. ¡No todos los días aterrizaba en el centro del pueblo un dragón azul! ¡Y con un caballero en la grupa!

Los habitantes del pequeño pueblo estaban tan sorprendidos que Alcuín no pudo por menos de sonreír, complacido. Se acercaban cautamente, con una mezcla de estupor y desconfianza, manteniéndose a cierta distancia. Sabían que los caballeros de la Rosa de Plata eran defensores de la paz y la justicia en el Reino de la Fantasía, pero aparte de las escasas visitas de Spica y Sombrío, no estaban acostumbrados a verlos y no sabían bien cómo comportarse ante personajes tan importantes.

—Pero tú... tú eres...

Alcuín se volvió y vio venir hacia él a una joven elfa estrellada, con una sonrisa en su gentil rostro. Tenía el largo cabello rubio trenzado y unos ojos de color zafiro. Parecía insegura, lo miraba como si hubiese reconocido sus facciones, pero no tuviera la certeza de que fuese él.

—Tú eres... ¡*Alcuín!* —exclamó al fin, y la cara se le iluminó.



El joven caballero sonrió y asintió. En ese momento, los demás elfos hicieron corrillo a su alrededor, incrédulos.

—¿Alcuín? ¿De veras?

—¡Es él en persona!

—¡Sí, sí!

—¿El hijo de Namur, el herrero?

—¿Con un dragón azul?

—¡Bienvenido! ¡Bienvenido!

Pronto, la plaza del Burgo de las Casas con Tejados en Punta se llenó de un alegre parloteo. Todos pugnaban por estrecharle la mano al joven, al que no veían desde hacía años. Viejos amigos, conocidos, simples curiosos que habían oído hablar de él...

Sepultado por aquel mar de abrazos calurosos, Alcuín se reía, cohibido. Aquel recibimiento superaba todas sus expectativas.

—¡Hijo mío! —dijo de pronto una voz profunda que se impuso a todas las demás—. ¡Abrid paso! ¡Apartad! ¡Dejad que yo también lo vea!

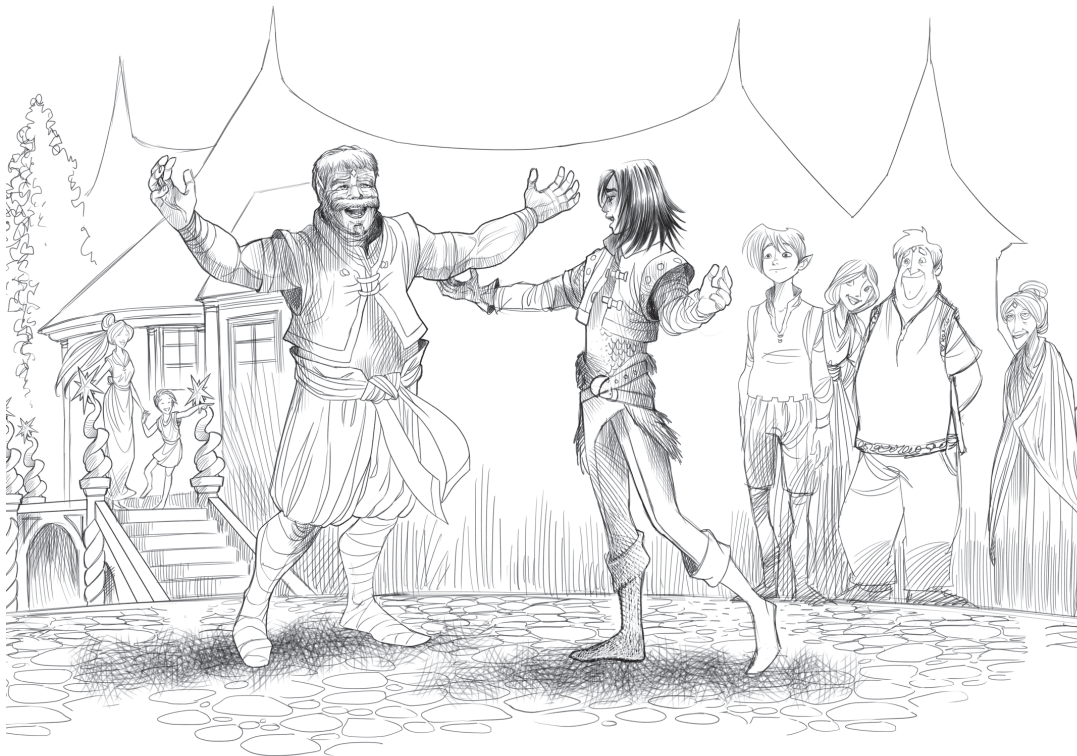
Dos brazos musculosos y gruesos como troncos rodearon a Alcuín por los hombros.

—¡Papá! —exclamó el joven, cuando logró desasirse de aquel abrazo asfixiante.

Namur se rió, emocionado, y volvió a estrecharlo más fuerte aún, como si tuviera miedo de dejarlo marchar de nuevo.

—¡Deja que te vea, hijo! —dijo luego, separándose de él y mirándolo de la cabeza a los pies. ¡Qué alto estaba! ¡Y qué aspecto tan fuerte y resuelto tenía!—. ¡Cuánto has crecido! ¡Ya no eres un niño! Ah, pero siempre serás mi Alcuín...

El anciano elfo estrellado tenía el pelo corto y claro, enmarañados bigotes del mismo color y ojos de un azul oscuro que iluminaban su cara redonda. Las mejillas en-





rojecidas por el sol y la correría, los brazos poderosos, la barriga prominente, las piernas sólidas como columnas; sí, pensó Alcuín, seguía siendo el mismo de siempre... ¡aparte de algunos cabellos menos y algún kilo de más!

El joven elfo no habría podido ser más feliz. En aquellos siete años de ausencia, la nostalgia de su casa y el deseo de volver a ver a su padre nunca habían abandonado su corazón, pese a sus éxitos y victorias, y por fin aquel día, por primera vez en mucho tiempo, las sombras que velaban su mirada se desvanecieron.

Sólo había algo aún que...